

Salvatore Giuliano, una leyenda siciliana

C. A. Caranci

¡QUE lejana está, o parece estar, para el italiano «europeo», consumista y comunitario de los años 80 aquella Italia de la derrota, de la ocupación y del cambio de hace 35 años! Una Italia cerrada todavía como un pequeño mundo diferente, que poco tenía —y quizá tiene— que ver con otros países más al norte, donde el extranjero podía asombrarse todavía con la extremada pobreza, con la violencia, la austeridad y la dureza de la vida, con el imperio masculino, el honor sexual, donde la mafia era una realidad, donde el bandidaje, como veremos, no era algo insólito.

TODO esto era cierto entonces —y sabemos en qué medida lo sigue siendo hoy— sobre todo para el sur de Italia, y en particular para Sicilia.

Pero la Sicilia de 1943, la que va a presenciar las actividades de Giuliano, es un poco excepcional en la historia contemporánea de Italia: primera porción del país ocupada por los aliados, ausencia de una «resistencia» contra los nazi-fascistas, separatismo, renacimiento del bandidaje y de la mafia, primera región autónoma y primera reforma agraria de la posguerra, y objeto, entre 1943 —caída del fascismo— y 1950 —consolidación de la vía política actual— de una verdadera carrera entre Roma y los poderes locales y entre estos últimos, unos contra otros, por su control.

Hemos aludido al bandidaje: Giuliano es fruto improvisado, pero no imprevisible, de la Italia de posguerra y de la

alta política interior y exterior, pero también, y sobre todo, de la historia y la sociedad local, de su civilización particular. Y para comprenderlo es imprescindible presentar su paisaje histórico, sociológico y cultural, no muy diferente del que produjo antaño el viejo bandidaje mediterráneo.

EL MEDIO

Sicilia, precisamente, es algo así como una reproducción a escala reducida de ese mundo que solemos llamar mediterráneo: superposición de poblaciones diversas —muchas veces afines—, invasiones extrañas incapaces de penetrar el duro caparazón de esta tierra donde las gentes conocen una muy recortada alegría de vivir, acostumbradas a un rigor impuesto, sí, por las clases dominantes, pero, sobre todo, por sus propia cultura; donde son serias, sin grandes

risas, vigiladas por tabúes férreos y rígidas fidelidades y jerarquías.

El latifundio, el trigo, el olivo, la vid, el contraste entre campo y ciudad, el numeroso proletariado agrícola, la exigüidad de las clases medias, los restos de la nobleza, sirven como fondo a una organización social caracterizada por una acentuada conciencia de parentesco, de linaje, donde la familia incluye a parientes de sangre y «artificiales» —piénsese en la figura del compadre—. La preocupación primordial del siciliano —y del mediterráneo— es la defensa de la única institución realmente viva en su conciencia, la familia, sentida más como «dramático nudo contractual que como agregado natural y sentimental» (Hess): es su «Estado». Ello queda simbolizado en la defensa del honor familiar y del individuo, del buen nombre, por mandato de la *omertà* (hom-



bría); y **sintener** que recurrir al Estado para recuperar la honra, aun a costa de cometer actos que el Estado considera delictivos, pero que no lo son para el siciliano. El concepto del honor se relaciona estrechamente con la mujer y el sexo, cuya pureza debe defender el hombre de bien, al ser depositaria aquélla, pese a su posición supereditada, de los valores sociales y familiares.

La solidaridad de clase o la obediencia al Estado son sustituidos por la solidaridad familiar y por la referencia a un tipo de poder personalizado en un «hombre importante». Desobedecer al Estado, además, es una virtud. De ahí que el bandolerismo tenga fuertes componentes sociales y culturales. Si el Estado existe en Sicilia, es algo superpuesto, y fuera

del ámbito familiar se depende políticamente de instancias de tipo clientelista, de un sistema de patronato, que algunos califican de caciquil y otros de mafioso, o de feudal. La historia de Sicilia —y no sólo de Sicilia— es en gran medida la de la conservación de esta estructura, pese a los envites del Estado.

LA HISTORIA

Por eso, se dice, la historia no ha alterado mucho el esqueleto cultural siciliano; su estructura profunda se ha mantenido en pie contra viento y marea. Y no sólo por la incapacidad o por el absolutismo borbónicos; también por una especie de conservación espontánea de lo propio, que se da en todas las clases sociales y que un individuo del Norte llamaría «inercia», frente al Reino de

Nápoles y luego frente al de Italia. Lo que no quiere decir que la defensa de la estructura económica no sea también cosa de los feudatarios, ni que el propio pueblo no quiera reformas. Demuestra esto las explosiones sociales periódicas de los campesinos, muy violentas, pero que tienden más a la desobediencia social que a la toma del poder, y van dirigidas más contra los abusos que contra el sistema.

Asimismo, cuando el feudalismo es abolido oficialmente en 1812, el latifundismo y el clientelismo parecen que van a morir. Pero nunca morirán del todo, y menos su espíritu. La abolición no produce ninguna revolución social, porque los feudos son dejados en libre propiedad a los antiguos barones.



Mapa de Sicilia. Síntesis, reserva y santuario de la antigua civilización mediterránea. Sicilia ha dado algunos de sus productos más característicos: el latifundio, el sistema de patronazgo (base del sistema mafioso) y el bandolerismo, cuyo representante más conspicuo será, en la Sicilia contemporánea, Salvatore Giuliano.

Tras la aventura napoleónica (el Reino de Nápoles de Murat), las revueltas políticas liberales sicilianas de 1820, 1837 y 1847-48, sacuden la isla, pero resuelven poco.

Con todo, la historia ha cambiado algunas cosas, ¡y cómo! El más grave golpe contra la sociedad isleña proviene de un reino norteño y de unos revolucionarios nacionalistas de mentalidad norteña: Piamonte y los garibaldinos. Cuando Garibaldi y sus «Mil» conquistan el Reino de Nápoles en 1860, Piamonte se lo anexiona sin pestañear, tras un plebiscito discutible, iniciándose entonces una nueva etapa para el Sur de Italia.

Pero la tajada no es tan buena. Los funcionarios norteños se encuentran ante un país pobre, relativamente atrasado (al menos desde su óptica burguesa e industrialista), diferente por civilización e incluso por lengua. Los unitaristas indígenas sureños, que esperaban una verdadera revolución social y política, ven frustradas sus esperanzas.

Para los del Norte —que lo ignoran todo sobre la notable vida intelectual del Reino de Nápoles antes de la anexión—, los sureños son «feroces beduinos», y Sicilia, «un pozo lleno de fango». La ocupación, la incompreensión y la dureza de la explotación piamontesa provocará una sangrienta guerra de guerrillas —la «guerra contra los bandidos» de la historia oficial— de casi cuatro años (1861-1863), que, entre otras cosas, lanzará al monte a numerosos jóvenes, y no será la última vez (1).

Esta guerra y la rebelión de 1866 acentúan el autonomismo siciliano. Aunque las clases dominantes, que un día fueron autonomistas y antinapolitanas, no dudan ahora en acercarse a Piamonte, temerosas de los revolucionarios locales.

El cambio arruina la economía de la isla, convertida, como el resto del ex reino de Nápoles, en «un mercado colonial» (A. de Vitti de Marco). La unificación del mercado nacional rompe el «espínazo al Sur» (Zitara). El libremercado hunde la modesta e incipiente industria. La disgregación del latifundio libera, sí, a grandes masas campesinas, pero éstas quedan sin protección feudal y sin integrarse en el nuevo sistema. La reforma agraria de Roma queda neutralizada por el desmenuzamiento o por la recompra efectuada —como en la España de treinta años antes— por los burgueses o los propios latifundistas, y por una fiscalidad más dura.

La conscripción militar —de la que antes los sicilianos estaban exentos— hace desertar a miles de isleños y alimentará también el bandillaje.

Nace ahora el llamado «problema del Mezzogiorno», ya que el Sur, con Sicilia, no parece haberse recuperado del trauma de 1860. Para el Sur, el **Risorgimento** y la Unidad representan una involución.

CAMBIOS SOCIALES

Sociológicamente, la disolución del mundo feudal se

minantes desposeídas y la Iglesia; se les unirán numerosos intelectuales y garibaldinos de izquierda decepcionados. La guerra hizo casi cuatro mil muertos, sin contar las víctimas posbélicas.

acentúa ahora. La nobleza feudal pierde mucho de su poder oficial tradicional. Perdedores, en mayor medida, son los campesinos y, en particular, los braceros. Ganadores, la burguesía urbana y una particular «burguesía agraria» que ha ido prosperando al servicio de los terratenientes, y que ha comenzado a autonomizarse, a encajarse entre aquéllos, a quienes trata de sustituir, y los campesinos, a quienes a su vez frena en su ascenso social (2). Para ello, estos campesinos aburguesados se sirven de los mecanismos que conocen, los del clientelismo, y llegarán a convertirse en hombres influyentes, respetados, un poco como sus antiguos amos; en hombres de valor, de honor, de gran capacidad de comunicación, capaces de servir a su grupo de amigos y clientes —la *cosca*— y, a veces, a toda la comunidad en la que viven, a cambio de y gracias a su poder, del que pueden llegar a abusar. Estos personajes han sido capaces, además, de establecer relaciones con otros centros de poder e incluso con los representantes del Estado, creándose un **partido**. Pero saben también actuar fuera del Estado y enfrentarse a él con éxito. Se dotan así de sus propios mecanismos de poder y continuidad. Realizan así una pequeña «revolución burguesa» a la siciliana. El Estado reconoce su ascenso económico, pero no su actuación extraestatal ni su

(2) La «nueva clase» está formada fundamentalmente por **gabellotti**, empleados de los terratenientes, por lo general guardas, administradores, cobradores, guardaespaldas, a veces ex bandoleros «regenerados», o simples campesinos hábiles o no iletrados, a quienes los barones absentistas ceden, previo pago, la explotación de sus latifundios y que suelen enriquecerse a costa de los campesinos.

(1) La guerra tendrá gran apoyo popular, pero la dirigirán las clases do-



Sicilia fue la primera porción de Italia ocupada por los aliados. Si para todos los sicilianos significó el fin de la guerra, para muchos representó también el fin —momentáneo— del centralismo de Roma. (En la foto, soldados estadounidenses en Palermo, en 1943).

función económico - administrativa y jurídico - política, consideradas ilegales.

Campesinos (y ciudadanos) sicilianos no dejan de ver en esta clase un fruto de su propia cultura, algo comprensible para ellos. En dialecto siciliano hay una palabra para designar a este personaje: **mafioso**.

Estos caciques de nuevo cuño son depositarios en gran parte del poder isleño hasta el advenimiento del fascismo en 1922, de manera fragmentaria y difusa hasta

su caída en 1943, y de una manera nueva y vieja al mismo tiempo, hasta hoy, compartiéndolo, a su pesar, con el Estado y ciertos partidos.

La historia reciente de Sicilia está marcada por el sistema mafioso. Y algunos mafiosos tendrán un papel decisivo, más tarde, durante la ocupación aliada, y en el caso de Giuliano, como veremos.

La imposibilidad de Sicilia de seguir el ritmo de crecimiento del Norte, la explota-

ción y la miserabilización desencadenan nuevas revueltas y represiones, que lanzan al monte a sucesivas hornadas de jóvenes. Otros buscarán la protección de los mafiosos. Otros más, emigrarán a América. El proteccionismo, en 1887, produce nuevas alteraciones sociales. Los Fasci di Lavoratori («haces de trabajadores», que nada tienen que ver con el fascismo posterior) exigen la supresión del **gabelotto**, base del sistema mafioso, el reparto de tierras, la demo-

cratización. Sus tendencias anarquistoides atemorizan a Roma, pero la guerra mundial distrae la atención de todos.

Durante el conflicto, el poder estatal parece afianzarse un poco más, al tiempo que numerosos mafiosos —como don Calògero Vizzini— hacen su agosto, gracias en parte a la corrupción de los gobiernos de Roma. El sistema electoral, el control de votos y las fidelidades clientelistas proporcionan gran poder a algunos mafiosos que apoyan a los liberales. Pero la supresión de las elecciones por parte del fascismo les arrebató ese poder, y casi en seguida son barridos por

la dura represión del prefecto fascista Mori en los años 20. Pero el fascismo sólo es capaz de reprimir: los intentos de reforma fracasan.

El mundo siciliano sigue en pie también por debajo del Estado fascista. A su caída, los mafiosos recuperarán su poder, y con creces.

SICILIA Y LA OCUPACION ALIADA

El 10 de julio de 1943 los aliados ponen pie en Sicilia, es decir, en Italia. El 25, el rey y el general Badoglio llevan a cabo un golpe de Estado contra Mussolini. El imperio fascista se derrumba. La autoridad de Roma desaparece. La sustituye la

de los aliados. Importantes mafiosos norteamericanos, como Lucky Luciano, y sicilianos, como don Calògero Vizzini, han facilitado —hoy en día no se sabe aún en qué medida— la invasión aliada, en especial la estadounidense en Sicilia centro - occidental (3). Como remate, el coronel estadounidense Charles Poletti, agente de la OSS (predecesora de la CIA) y con oscuras relaciones con los ítalo - norteamericanos, es nombrado jefe del Gobierno Militar aliado en Sicilia (AMGOT). y don Calò, cacique de Villalba, es nombrado alcalde de su ciudad por un oficial de Patton, en los mismos días de la invasión, estando presente un representante del obispo de Caltanissetta.

Con la ocupación aparecen la corrupción, el mercado negro, el deshilvanamiento institucional y legal, favoreciendo actitudes y modificaciones que van desde la creación o revigorización de viejos poderes apartados por el fascismo (partidos políticos, mafiosos) hasta la multiplicación de bandas, delitos, negocios sucios. El **intra-lazzo** (comercio improvisado e ilícito, mezcla de contrabando y estraperlo) enriquece a muchos, incluidos oficiales norteamericanos. Mientras, los aliados progresan en su avance a lo largo de la península, donde, aquí sí, operan ya los partisanos.

Por encima y por debajo de todo esto, muchos grandes

(3) Los mafiosos indicaron a los aliados movimientos de barcos de guerra y tropas, y presionaron sobre los soldados sicilianos del Ejército italiano para que abandonaran sus unidades y volvieran a sus casas. En el oeste de la isla, los aliados apenas tendrán que combatir, al contrario que, en el este, los británicos.

El senador Kefauver aludirá en cierta ocasión a los «inestimables servicios» prestados por Luciano a las Fuerzas Armadas estadounidenses.



Charles Poletti, jefe del Gobierno militar aliado en Sicilia. La ocupación aliada precipitó, y favoreció, el resurgimiento de algunas mafias importantes y del bandolerismo.



Lucky Luciano. Este capomafia estadounidense prestó inestimables servicios a la causa aliada a través de sus conexiones con los capimafia sicilianos. El Gobierno de Washington le reconoció que su ayuda había sido determinante para una más fácil invasión aliada de la isla.

mafiosos —los menos afectados por el fascismo— se reorganizan, con la ayuda del AMGOT, y de la Cosa Nostra estadounidense, es decir, de las «familias» mafiosas de allende el océano (4). Como dice Salvatore Francesco Romano, «la mafia es investida por primera vez de una función política en pago por los servicios prestados a los aliados». Entre 1943 y 1944 se encuentran en Italia grupos gangsterianos ítalo-americanos, algunos de los cuales, como los de Luciano, Vito Genovese o Genco Russo, se mantenían relacionados con algunas *cosche* isleñas, como la de don Calò. Si hasta ahora los mafiosos habían buscado la alianza con el poder, desde este momento irán identificándose, a la americana, con el poder mismo (Gaja), y como hará, hasta su muerte, don Calògero.

En cuanto a los negocios, los mafiosos proamericanos acaparan el mercado negro, protegidos por el AMGOT. Para ello tendrán que eliminar la competencia de comerciantes e *intrallazzisti*, y la de los bandidos, nacidos como hongos, éstos, en un ambiente de desmoronamiento y brutalidad, en el que las represiones de la policía apuntan más hacia humildes contrabandistas campesinos que hacia los grandes capitostes de los negocios. Surgen así las bandas de Capitano, de Alfaro, de los hermanos Ongrao, de Turrisi, de Trabona, de Giuliano.

De Roma se teme el frente popular —la izquierda está

(4) Las «familias» estadounidenses habían conservado ciertas formas, pero habían perdido su carácter mafioso genuino y se habían convertido en verdaderos empresarios más o menos legales e incluso en meros gangsters.

participando en el Gobierno—, la reforma agraria, la reafirmación del centralismo. Bajo el ala del AMGOT, la derecha tradicional (monárquicos, liberales, pronto democristianos) se reorganizan. Y se organizan, ¡cómo no!, algunos grandes mafiosos, autónomamente, o como colaboradores de esa derecha y de los feudatarios en sus querellas con los campesinos: don Calògero Vizzini será llamado a proteger el feudo Micciché. Algunos mafiosos apoyarán a las izquierdas, pero serán eliminados rápidamente. Así, las mafias van a llevar sus ataques, junto a la derecha, contra los movimientos campesinos, que toman gran auge desde 1944, desesperados ante las reformas que no llegan nunca. Uno de sus líderes, Li Causi, será asesinado ese mismo año. Un mafioso, Lucio Tasca, escribirá un libro sintomático sobre las nuevas andaduras de los «hombres de respeto»: **Elogio del latifundio**, un aviso contra las veleidades campesinas.

Durante un tiempo, además, los mafiosos se introducirán también en los ambientes separatistas, e incluso los dirigirán. Luego lo veremos.

Junto a las mafias y a las derechas, utilizado por ambas, aparecerá siempre, desde ahora, el bandolerismo, y en especial una figura pronto notoria y afamada: Salvatore Giuliano. Para los amigos, Turiddu.

GIULIANO

Giuliano aparece en la historia con el separatismo. Antes, su biografía es irrelevante, «normal». Nace el 2 de noviembre de 1922 en Montelepre, pueblo pobre con fuerte caciquismo, al su-



El abogado Andrea Aprile fue durante la segunda guerra mundial, el mayor exponente del separatismo siciliano. (En la foto, es el segundo por la derecha, haciendo el saludo separatista, tres dedos abiertos que simbolizan el escudo de Sicilia).

roeste de Palermo. Es educado —a los 13 años deja la escuela— en un ambiente de rebeldía social e incomunicación con el Estado, en un mundo de doble moral: una, que trata de cumplir o rodear las normas estatales; otra, que se atiene a la moral social siciliana, el caos posbélico lo lleva al contrabando. Un conflicto con un carabiniere, que pretendía requisarle un saco de trigo que llevaba al mercado negro, empuja a Turiddu al bandidaje: Turiddu mata al carabiniere y se echa al monte. Es el 2 de septiembre de 1943. No tiene aún 20 años.

En noviembre mata a otro carabiniere. La policía interroga brutalmente a familiares de Giuliano. Una represalia desencadena la siguiente. En enero de 1944 libera a varios presos de la cárcel de

Monreale, con los que forma su primera banda. Giuliano vive de los «impuestos» en dinero y especie cobrados a los terratenientes, que luego distribuye en parte, ostentadamente, entre los campesinos. Algunos «listillos» se hacen pasar por él y cobran «impuestos». La justicia de Giuliano acaba con ellos.

Por ahora Turiddu es sólo un representante más de ese tipo social, habitual en todo el Mediterráneo, que es el bandolero, el «bandido generoso» de la tradición, que no debe confundirse con el simple ladrón o con el gangster; ni mucho menos con el mafioso, que no es un delincuente en rigor de términos. El bandido que se lanza al monte suele ser un fugado de prisión, un huido tras una revuelta campesina o tras una venganza de sangre, o un

prófugo, acciones todas contrarias a la justicia estatal, pero no a la moral siciliana. Por eso la familia, los amigos, los vecinos del pueblo —en la banda siempre hay algún pariente o algún paisano del jefe— lo ayudan, e incluso, lo elevan a la categoría de héroe socio-político, y a veces, algunos representantes nativos de las fuerzas del orden locales cierran un ojo. Si el bandolero, y Giuliano está en ese caso, poseyera una ideología política más estructurada, menos local, si aspirase a conquistar el poder, se convertiría en un líder político. Pero Turiddu es demasiado joven, inexperto e ignorante. Y, además, pronto va a caer en las manos de poderes formidables que saben muy bien lo que quieren.

En un primer momento, Giu-



Don Calógero Vizzini, el más importante mafioso de Sicilia en 1943, el cual fue investido por los aliados —por consejo de Lucky Luciano y otros mafiosos americanos— como colaborador supremo del Gobierno militar aliado en Sicilia.

liano va a *dirigir* sus armas también contra algunos mafiosos y sus matones, que protegen feudos y haciendas.

Sin embargo, demasiado pronto, Giuliano va mostrándose más prudente con los **capimafia**, muchos de ellos ya poderosos, que son los únicos que pueden llegar a ayudarlo o, al menos, a advertirlo sobre los movimientos de los carabinieri, que ya le siguen los pasos. Comienza a abandonar el bandidaje social. Se dedica ahora al secuestro de empresarios urbanos, por los que pide un rescate, conectado quizá con algún mafioso.

EL CORONEL GIULIANO

Ya presente de algún modo en el pasado, reforzado después de la Unidad en el siglo XIX, el separatismo ve su oportunidad con la caída del fascismo y el apoyo aliado, en 1943. Revitalizado por Andrea Finocchiaro Aprile, por Várvara y Cánepa, el separatismo es alentado por los británicos y, sobre todo, por los estadounidenses y por los «grandes» de la Cosa Nostra. Todos esperan hacer de Sicilia «la Malta del futuro» (Huré). El coronel Poletti será uno de sus propulsores.

En la isla, el apoyo al separatismo proviene de los sectores nacionalistas sicilianistas, de ciertos utopistas de izquierda y de numerosos terratenientes, **gabellotti** y mafiosos, todos ellos reunidos bajo la bandera roja y amarilla, con las tres piernas en estrella, símbolo de Sicilia.

Ya un poco antes de la ocupación de Sicilia, agentes estadounidenses habían penetrado en la isla para preparar el futuro movimiento

secesionista. Ya en plena ocupación, en 1944, mientras en Roma se piensa ya, también, en conceder la autonomía a la isla, los aliados, a través de Charles Poletti, y aprovechando la hostilidad hacia los peninsulares, lanzan de nuevo el separatismo, al que dotarán de dinero y armamento durante tres años.

Un sector del separatismo, en el que se hallan mafiosos locales aliados a la Cosa Nostra —ser mafioso significa ser ya un poco sicilianista, como dice D. Mack Smith—, aspira nada menos que a unir Sicilia a Estados Unidos como el «estado número 49» de la Unión, con el fin de neutralizar las reformas de Roma. Para las mafias, en concreto, significará actuar autónomamente y ligar definitivamente a las grandes **cosche** de la isla a la Cosa Nostra.

El autonomismo tradicional, la miseria y la irritación ante la indiferencia de Roma harán el resto. Los grandes mafiosos quieren su propio separatismo. Para ello, con ayuda aliada, ponen en pie su propio ejército, el GRIS-EVIS (5), a cuyo frente hay sicilianistas, caciques, obispos, nobles y bandidos. Entre todos éstos estará Giuliano, con el grado de coronel. Inicia la lucha Sicilia oriental, dirigida por el bandido Avila, de Niscemi. Giuliano lo imita en Sicilia occidental. Se combate contra el Ejército central y se ejecutan numerosos golpes de mano. La guerrilla dura hasta abril de 1946; y con ella, los mafiosos pro-americanos logran dos objetivos: controlar el bandidaje y utilizar a los

(5) *GRIS: Gioventù Rivoluzionaria per l'Indipendenza della Sicilia. EVIS: Esercito Volontario per l'Indipendenza Siciliana.*



Giuliano en acción. La OSS (predecesora de la CIA), los monárquicos de Umberto II, los democristianos, el Vaticano y los latifundistas sicilianos lo aprovisionaron y apoyaron durante años, mientras les fue necesario.



Primer Gobierno de De Gasperi, en 1947. La Democracia Cristiana triunfó en las primeras votaciones gracias al apoyo de bandidos como Giuliano y de las mafias. (El tercero por la izquierda, con traje más claro, es Scelba, que tendrá una destacada intervención en todo el affaire Giuliano).

guerrilleros para sus fines. De paso, fortalecen a la derecha, su aliada. Finocchiaro Aprile y Várvaro son detenidos por la policía; Cánepa, que se había aproximado a la izquierda (por «una Sicilia socialista y autónoma») es muerto por la policía. Conseguido esto, el separatismo se extingue.

Paralelamente, para dificultar la reforma agraria, los hombres de las mafias asaltan las sedes de los partidos comunista y socialista, disparan contra concentraciones de campesinos y asesinan a sus dirigentes. Por su lado, la policía hace lo que puede, y reprime con las armas las manifestaciones campesinas, como la de octubre de 1944, con un saldo de 107 muertos. Pero a su vez, y hasta 1947, unos 800 carabinieri de los destina-

dos a proteger la aplicación de la reforma agraria, son muertos o heridos por los mafiosos.

La reforma queda así en suspenso casi dos años, hasta la victoria de la izquierda en las elecciones regionales de 1947.

De semejante experiencia Giuliano sale reforzado. Ha dado pruebas de inteligencia, valentía y dotes de mando, y el paso de bandido generoso a coronel amigo de la derecha apenas ha sido entrevisto por sus admiradores (que le escribirán incluso unas coplas, como las de Ciccio Busacca, **Ballata di Giuliano, Re dei Briganti**, «Balada de Giuliano, rey de los bandoleros») y admiradoras, sobre todo extranjeras, inglesas, norteamericanas o suecas, como María Zilliacus, que iban a visitar al «hé-

roe latino», al «bandolero siciliano», o a acostarse con él.

METAMORFOSIS

¿Cómo es Giuliano? El bandido, dice un autor, muestra cualidades de jefe, implacabilidad, chulería, aparatosa generosidad, instinto publicitario (amén de útiles nexos políticos), tentando a la suerte con su impermeable blanco que se veía de lejos —¿quién no recuerda el film de Rosi?—, comiendo en público a veces, charlando con todos y moviendo ostentamente las manos llenas de grandes anillos, visitando a su familia en Montelepore y concediendo entrevistas.

Giuliano encaja perfectamente en el sistema cultural siciliano. Su ideología es sumaria, como correspondía a su situación y contexto.



Los carabinieri rastrean un pueblo siciliano en busca de Giuliano.

Sabía que los pobres no podían ser amigos de los ricos, y que aquéllos debían tener derecho a apropiarse de las riquezas de éstos. Su reformismo, como aclara Lewis, era «político» y pretendía adecuarse a lo que creía que era la idea del cambio social de Roma, del Norte, como en sus primeros tiempos, y se había adherido con sinceridad, además, al separatismo. Su idea central era la **justicia para los pobres**, y él iba a ser su instrumento contra los «malhechores», entre los que incluía a ladrones de gallinas, **capimafia**, políticos y feudatarios, y más tarde «rojos». Así, en su actividad, se cuentan ejecuciones de otros bandidos, de violadores de mujeres, de **gabellotti**, de estafadores, de **desahuciadores**, de algún rico y algún mafioso: «Un

rico —decía— no echa de menos un millón, pero si a un pobre le quitáis un saco de trigo lo dejáis en la miseria».

Si Giuliano aceptó alianzas con mafiosos, terratenientes y políticos fue con entera repugnancia, y con la esperanza de romperlas en la primera ocasión. Pero él, pobre paleta, muy por debajo de los entresijos de la política nacional, y no digamos de la internacional, apenas se dio cuenta de hasta dónde se metía y de cómo le iba a ser imposible salir. Por otro lado, la liquidación de bandidos de izquierda en otras zonas por parte del Estado o de los mafiosos, quizá lo afianzó en su idea de que el camino adecuado era la colaboración con los más fuertes que decían querer lo mismo que él.

Un rasgo curioso de su

personalidad de siciliano es la atracción que siempre ejerció sobre él **l'America**, es decir, Estados Unidos, típica de la tradición emigrante del Sur. Pensó incluso en establecerse en aquel país, y su alianza con el AMGOT y con los funcionarios estadounidense, y luego con la Cosa Nostra, le pareció siempre natural (6).

Sobre todo ahora, a mediados de 1947, cuando se creía que la izquierda iba a vencer en las elecciones de 1948, lo que asustaba a las derechas y a Washington.

ALTA POLITICA

De cara a las elecciones de 1948, pues, hay que hacer al-

(6) *Delante de él no se podía criticar negativamente a Estados Unidos. En una ocasión mató a un sindicalista de izquierdas porque, en un mitin, había hablado de «los tentáculos americanos sobre Italia».*

go. El Vaticano, los monárquicos de Umberto II —que se juegan el cuello y quieren cambiar de imagen tras su larga alianza con el fascismo, pero que, sin escarmentar, insisten en su postura reaccionaria— y los democristianos —que gobiernan, con De Gasperi, desde 1945, y a los que en Sicilia se les suman numerosos ex separatistas y ex liberales— van a poner toda la carne en el asador, mientras que la izquierda, en la euforia de la victoria sobre el fascismo, se muestran moderados y conciliadores.

En Sicilia, los restos del Partido Liberal (repleto de mafiosos) y los monárquicos se unen. El democristiano De Gasperi olvida delitos y separatismos y perdona a demasiados bandidos y **capimafia**, como don Calò, que desertan del separatismo y del liberalismo y se pasan en bloque a la Democracia Cristiana. Los curas sicilianos (con la DC en el Gobierno, los católicos del Sur y los terratenientes se recuperan) tratan de influir sobre sus feligreses más tibios a través de sus mujeres y de la confesión. ¿Denominador común en tanta diversidad? El anti-comunismo, que va desde el rechazo del marxismo - leninismo hasta la negativa a construir escuelas o a reparar tierras.

De 1944 a 1948 las mafias democristianas, que han desarticulado el movimiento campesino, son elevadas por la DC, como pago, al rango de «elemento fundamental del nuevo renacer italiano», con la aquiescencia de Estados Unidos.

La cosa se complica un poco cuando en 1946 Roma, acabado el separatismo, concede a Sicilia la autonomía

regional. Pero ello no impide que los bandidos, los mafiosos (y muchas veces las fuerzas del orden) sigan atacando sedes comunistas, asesinando a sindicalistas y aterrorizando a los braceros, haciendo, en suma, una campaña electoral a la italiana.

El momento culminante de los atentados es la feroz matanza de campesinos de Portella della Ginestra, el 1 de mayo de 1947, con ocasión de la romería que en honor del Día del Trabajo se celebraba siempre, incluso durante el fascismo, en la zona de Piana dei Greci. Ese año se celebraba, además, la victoria electoral de las izquierdas en abril de ese año sobre la coalición latifundistas - mafias - DC; aquéllas habían obtenido 29 escaños de ésta en la Asamblea Regional insular. En tres minutos hay 67 víctimas (11 muertos y 56 heridos), ametrallados por la banda de Giuliano. La repercusión del hecho es enorme.

Pero hay más responsables: el ministro del Interior, el democristiano y siciliano Scelba —y su ayudante el inspector de policía Mesana, antiguo «protector» de Giuliano—, el príncipe Alliata, el monárquico Marchesano, los capimafias Bernardo Mattarella y Calogero Vizzini, el cardenal de Palermo y el obispo de Monreale... (7). El Ministerio del Interior concede pasaportes a los ejecutores que quieran «alejarse». Se dice que la alegría de Truman es grande. El presidente norteamericano se carteó, después de la matanza, con Giuliano, reconocido

(7) El inspector Ettore Messana, hombre de Scelba, fue quien ordenó disparar en Riesi contra campesinos de izquierda. Saldo: 20 muertos y 50 heridos.

como jefe del Movimiento para la Anexión de Sicilia a la Confederación Americana (MASAC). En las cartas pueden leerse frases como «contra el peligro comunista en el Mediterráneo», o «los jefazos han sido elegidos gracias a mí [Giuliano] y ahora la mafia me está utilizando», o bien, «...poder irme a Estados Unidos... Querría un salvoconducto». Además, ¿Scelba no había prometido acaso: «Si Giuliano hace esto [el atentado de Portella] por nosotros, podrá pedirnos lo que quiera»? El ex bandido social comienza a entender algo, pero todavía poco.

EN PAGO A LOS SERVICIOS PRESTADOS

En el período que corre entre la autonomía (1946) y el comienzo de la reforma agraria (1950), los bandidos y sus amigos acaban con cualquier veleidad de las izquierdas: apartados los comunistas del Gobierno en 1947, en las elecciones nacionales de 1948 la DC obtiene el 156 por 100 más de votos que en 1947. Truman va a luchar contra la «vieja» mafia local tradicional, para dejar sitio a la Cosa Nostra americana y a los nuevos mafiosos indígenas americanos, y ello, con la ayuda de Giuliano e indirectamente de Roma.

Sobre todo después del 18 de abril electoral, Salvatore cree que su cometido ha concluido. En consecuencia, pide la recompensa y, temeroso por su actividad anterior, garantías de impunidad o la salida del país.

Pero es un elemento peligroso. Sabe demasiado. Ha hecho demasiadas cosas que la derecha, preocupada ahora por su respetabilidad, debe

enterrar. ¿Quién puede ayudar a Giuliano precisamente ahora? De los amigos parece no quedar nada. Turiddu, que sigue siendo joven, pero que ha hecho una larga experiencia en tres años, inicia una verdadera campaña de supervivencia entre 1948 y 1949, desahogando su rabia impotente contra dos blancos. Uno, acertado, los mafiosos y los democristianos: intenta secuestrar a don Calò y a Matrarella, sin éxito; Santo Flores, capomafia democristiano de Partinicol corre peor suerte, pues es acorralado y muerto, con su hijo de tres años y algunos colaboradores (1948). Otro, equivocado, los carabinieri: su banda de 60 hombres es perseguida sin descanso. Para

«vengarse del Gobierno» que lo ha engañado, se ensaña con los sufridos «números» del cuerpo de Carabinieri, ajenos a los manejos de la policía romana, que ya no están a salvo ni en sus cuarteles. En una ocasión caen dos, en otra cinco, o nueve, como en Bellolampo. Los secuestros, robos y asesinatos indiscriminados se suceden vertiginosamente, mientras le siguen llegando algunas armas de la CIA, heredera de la OSS.

Pero el fantasma de Portella, o más bien, el de sus consecuencias, lo persiguen.

Scelba, que en su día había dado el macabro visto bueno del 1.º de mayo, da ahora otro para acabar con el matarife. Se crea el CFRB (o

Comando delle Forze per la Repressione del Banditismo), dirigido por el duro y hábil coronel Luca. La vida del bandido ha quedado insosteniblemente ligada a la matanza de Portella. Giuliano lo sabe ya y envía fuera, con su cuñado Sciortino, un memorial en el que se desahoga y en el que hay datos comprometedores para muchos.

Pero de Estados Unidos le llega la noticia de que el memorial ha sido robado. Esto puede ser la sentencia de muerte para Giuliano.

Mientras los carabinieri le dan caza de manera tradicional y poco eficaz, la policía se le acerca por detrás. Se ha puesto precio a su cabeza, y el coronel Luca entra en



Giuseppe Genco Russo, «sucesor» de Calògeno Vizzini a la muerte de éste. Fue candidato democristiano en las elecciones municipales sicilianas de 1960. En su día se sirvió de Giuliano y apoyó la causa de las derechas isleñas.

contacto con los propios hombres de Giuliano, especialmente con Gáspare Pisciotta, su cuñado. Estamos a fines de 1949. El ex bandido generoso tiene los días contados. La red de confidencias y ayudas mutuas se tupe. Luca, con el apoyo de don Calò y otros mafiosos, le sigue la pista. Luca cree que en los pueblos se encubre a Salvatore: de ahí, registros brutales, palizas, destrozos, tiroteos, pequeños campos de concentración, reparto de salvoconductos firmados por Scelba a los miembros de la banda que prefieran abandonar al jefe... Se contrata a un pistolero, «El Turco», para que mate a Giuliano, pero no consigue dar con él.

El bandido contraataca cada vez más sangrientamente. Hay, pues, que acabar con él de una vez. Pero no debe ser detenido. En el juicio lo soltaría todo.

Así, se va deteniendo a los peces mínimos, a simples colaboradores, que son encarcelados o puestos a salvo.

Luego, a los medianos, en parte por la traición de un hombre de Giuliano, F. Mannino, «el Americano», ligado a la Cosa Nostra: A. Guarino, V. Ofanto, R. Candela, G. de Lisi, A. Terranova, que se van al extranjero o a La Legión. Poco después, un pez gordo: G. Cuccinella, lugarteniente de Turiddu.

Este, aislado, aún espera, a veces, un «milagro»: ¿por qué no a él?

En la primavera de 1950 sólo quedan él y dos o tres más. Entre ellos, Pisciotta. Ha llegado el momento.

Policia y carabinieri olvidan por un momento su mutua animosidad y establecen un plan con Pisciotta —que está saturado de muertes y traiciones y desea salir de aquello como sea—. Este atrae a su jefe a una casa de Castelvetro. Tras charlar y cenar, Giuliano y Gáspare se van a dormir. Por la noche Gáspare se acerca a la cama de su cuñado y lo mata. Mientras él sale rápidamente, la policía, apostada en los alrededores, entra en la casa,

viste al bandido, saca el cuerpo al patio y el capitán Perenze le dispara una ráfaga de metrallera. «La policía acaba de eliminar a Giuliano».

SICILIA EN ORDEN

Pero el affaire Giuliano no ha terminado. Un asunto tan podrido tiene que envolver con su hedor a mucha gente. Hay demasiadas preguntas sin respuesta. Hoy conocemos ya muchas, como hemos visto. Otras quedarán para siempre en pie.

Muchos de estos interrogantes, con todo, iban a ser planteados en el peligroso, para demasiada gente, proceso de Viterbo, que juzgaría a los restos de la banda de Giuliano, y en particular a Pisciotta. Iba a ser una explosión.

El proceso se abre finalmente en 1954, cuatro años después de la muerte de Giuliano. En las primeras sesiones se sabe que en alguna ocasión Giuliano había sido





Durante los primeros tiempos de la ofensiva del coronel Lucca contra la banda de Giuliano, se prodigaron mucho las fotografías como ésta, en la que aparece el bandido siguiendo con unos prismáticos los movimientos de sus perseguidores. (Fotos Gifra.)



Los hermanos Francesco y Prieto Briguglio, secuaces de Giuliano, que se entregaron, acompañados de su madre, a la Policía.

HA MUERTO GIULIANO
 Le mataron los «carabinieri» en una emboscada

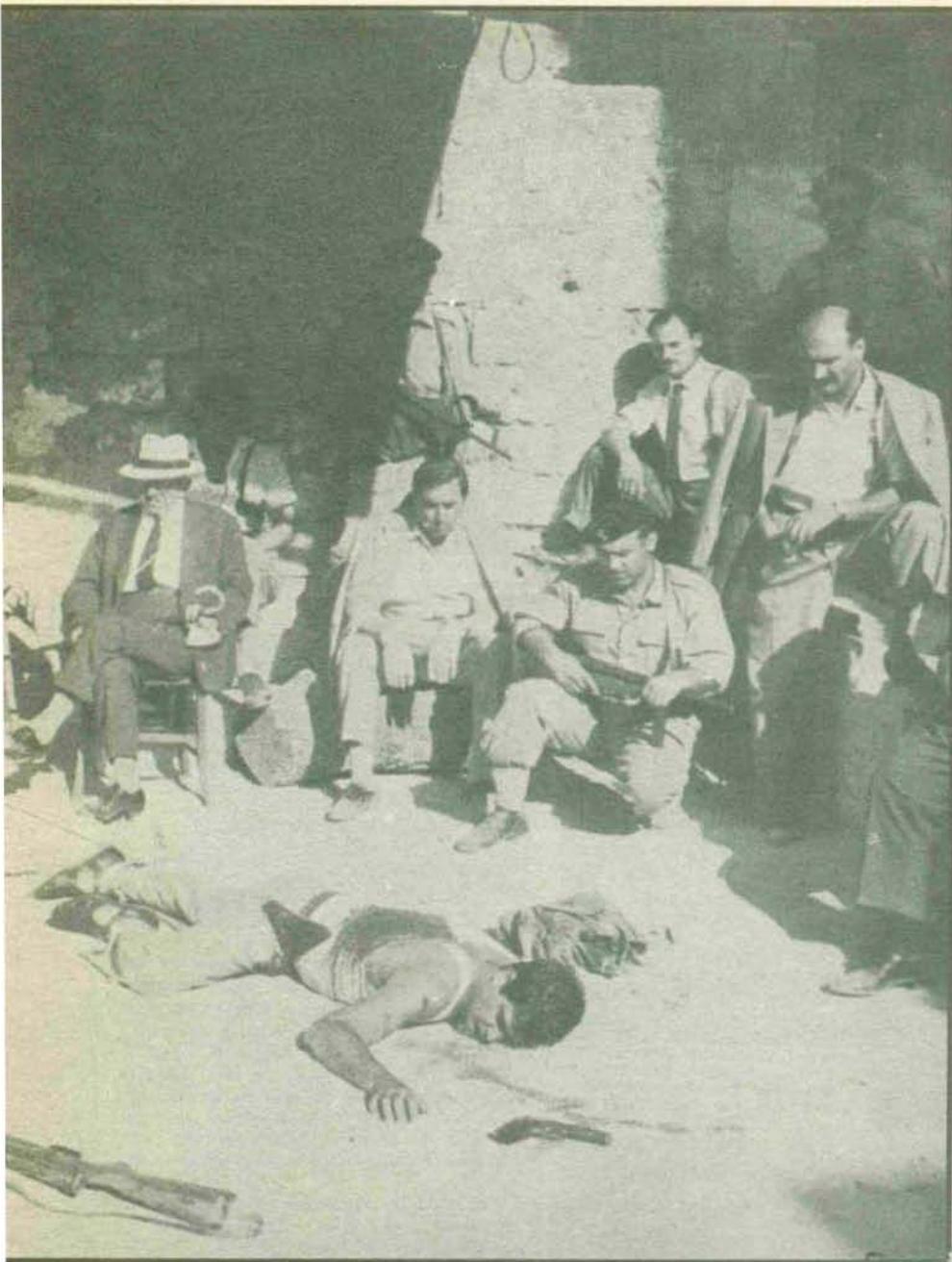
Después de un año de persecución, las fuerzas del coronel Lucca han matado al tristemente célebre bandido Salvatore Giuliano. El encuentro entre éste y los «carabinieri» se produjo en la región de Castelvetro, cerca de la costa Sureste de Marsala, a más de ochenta kilómetros de la zona de Palermo, donde se desarrollaron la mayor parte de sus fechorías. Se cree que Giuliano trataba de emigrar en un barco.

Con este episodio concluye la trágica aventura de un joven campesino siciliano que ha tenido en jaque a las fuerzas del Gobierno por espacio de diez años. Mucho se ha escrito en este tiempo sobre su persona y sus hazañas. Giuliano había sabido rodearse de la popular aureola del bandido generoso y romántico, colocado al margen de la ley por una injusticia, defensor de los oprimidos y ardiente partidario de la independencia siciliana. La realidad es, sin embargo, que en su haber se calculan alrededor de trescientas muertes y no todas causadas en el calor de las refriegas en los montes. Muchas de sus víctimas fueron «sentenciadas» y ejecutadas con la mayor sangre fría. Un año ha durado la gran ofensiva del Gobierno italiano contra el bandido. A lo largo de este tiempo han ido cayendo, uno tras otro, la mayoría de sus secuaces más importantes. Varios de ellos se han entregado voluntariamente a los representantes de la ley. La aventura acaba de terminar ahora como tenía que terminar.



El cadáver del bandido Rosario Gandola, lugarteniente de Giuliano, muerto en la ladera del Monte Montelepre, en las inmediaciones de Palermo, después de un encuentro con las fuerzas de Policía italiana. Había dado muerte a 47 personas, entre ellas, a 18 agentes de Policía.

El «Rey de Montelepre» —como llamaban a Giuliano— ha muerto (foto de la izquierda). Su cuerpo yace en el suelo; el montaje de la policía surtió efecto durante un tiempo, y la misma prensa italiana y extranjera se hizo eco de la «hazaña» del capitán de Carabineros Perenze (en la fotografía, el «ABC» recoge la muerte del bandido).



Reconstrucción cinematográfica de la vida de Giuliano: Giuliano muerto, rodeado por los carabinieri y la policía. La película «Salvatore Giuliano», de Francesco Rossi, es un intento afortunado de desmontar y aclarar la versión oficial.

acompañado al médico o a un mercado por el capitán Perenze —su posterior «matador»—, y se sabe que el magistrado E. Pili mantuvo contactos con aquél. En una de las sesiones, Pisciotta, que ha amenazado con decir todo lo que sabe, lanza que los monárquicos y los democristianos «nos decían que si triunfaban en las elecciones quedaríamos libres, y si no triunfaban, que podíamos refugiarnos en una finca que

el príncipe Alliata tenía en Brasil». Es demasiado. Pisciotta acaba de firmar su sentencia de muerte.

Pese a las extraordinarias medidas de seguridad —su propio padre le prepara las comidas en la celda—, un café envenenado acaba con la vida del cuñado y lugarteniente de Giuliano. Estamos en la prisión de Palermo, feudo de las grandes mafias. El resto del proceso revela bastante poco, salvo lo que

ya se sabía: que existía una maraña de complicidades y que las fuerzas del orden había tenido una «extraña» actuación. Finalmente, para el público, se sacó el comodín de «la Mafia» (con mayúscula), sobre la que recayeron algunas grandes culpas no concretadas. Los mafiosos democristianos como don Calògero, Michele Navarra o Luciano Liggio, no fueron molestados. Este último gozó de total libertad de movimientos durante 25 años (hasta 1970), gracias a que, como se supo, conservaba el memorial de Giuliano con los nombres de los instigadores de la masacre de Portella, luego publicados.

Años después del proceso, algunos peces pequeños y medianos fueron eliminados: Minasola, en 1960; Riolo, en 1961. Quizá por alguna mafia o por la policía.

Aquí concluye la historia de Giuliano, quizá, durante un momento, el último bandido generoso, pero no el último asesino de campesinos y sindicalistas. Fueron seis tremendos años de la historia siciliana e italiana.

Al año de la muerte de Giuliano (¿coincidencia o consecuencia?) comienza la reforma agraria. Y en las elecciones regionales de 1951 las derechas, pese a confirmar su control del poder, pierden significativamente el 40 por 100 de los votos de 1948.

Desde esos turbulentos años la DC, a través de sus mafiosos, de sus funcionarios y de la Iglesia, controla la región siciliana, una vez apartada «democráticamente» a la izquierda, aplacado el separatismo con la autonomía y desviada la atención del proletariado y campesinado con la industrialización salvaje, la emigración y el consumo.



Gaspare Piscioti, pariente de Giuliano: fue él quien lo mató en 1950. Para que no hablara, la gran mafia de Palermo lo envenenó en la cárcel.

Beneficiados por el mecanismo parlamentario, los mafiosos democristianos han derrotado a la vieja ma-

BIBLIOGRAFIA

- Villari, R.: *Il Sud nella storia d'Italia* (Laterza, Bari, 1974).
 Alianello, C.: *La conquista del Sud* (Rusconi, Milán, 1972).
 Huré, J.: *Histoire de la Sicile* (P.U.F., París, 1965).
 Mack Smith, D.: *Storia della Sicilia medioevale e moderna* (Laterza, Bari, 1976).
 Romeo, R.: *Il Risorgimento in Sicilia* (Laterza, Bari, 1973).
 Guichonnet, P.: *Mussolini y el fascismo* (Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1970).
 Romano, S. F.: *Historia de la mafia* (Alianza, Madrid, 1970).
 Varios: *Los verdaderos padrinos: la Mafia* (Historia y Vida, Extra 2, Barcelona, 1974).
 Kermoal, J.: *La «Onorata Società»* (Plaza-Janés, Esplugues de Llobregat, 1977).
 Lewis, N.: *La virtuosa compañía (la mafia)* (Seix Barral, Barcelona, 1969).
 Pantaleone, M.: *Mafia y política* (F. Torres, Barcelona, 1972).
 Sin autor: *Los gangsters: Salvatore Giuliano* (Sedmay, Madrid, sin fecha).
 Pierini, F.: «La guerra nel Sud: Il separatismo in vagone letto» (Oggi).
 Fornari, F.: «Gli ultimi separatisti siciliani» (La Stampa, 14-VIII-1979).



Luciano Liggio fue «sucesor» de los grandes mafiosos, por su importancia y por «lo que sabía» sobre el affaire Giuliano. Esto lo «inmunizará» durante 25 años.

fia aldeana o urbana tradicional, y han pasado a ser, de humildes «hombres de respeto», empresarios más o menos legales, «a la americana», diferenciándose cada vez menos de los Agnelli o los Olivetti.

¿Y el bandidaje? El bandidaje parece haber desaparecido de Sicilia, «prohibido» por las grandes mafias y los políticos. Hoy, los **capimafia**, los políticos democristianos de Roma o el Vaticano de Pablo VI o Juan Pablo II, y los amigos de Washington, no necesitan de pequeños bandidos generosos que convertir a su causa. Pero, salvo en esto, quizá la Italia de 1945 no esté tan lejana de la de 1980... ■ C. A. C.